

De corazón

Intriga en un acto

Antonio Ruiz Negre

PERSONAJES

(Por orden de intervención.)

MARÍA, 30 años.

TERESA, 45 años.

HÉCTOR, 50 años.

JAVI, 20 años.

MINERVA, 48 años.

Descripción de escena:

Sala de estar de casa en las afueras, que responde a un alto nivel de vida.

Muebles caros y de buen gusto, procurando que la escena no resulte en exceso sobrecargada. Imprescindible una estantería biblioteca a la izquierda, dos sillones cómodos al centro sobre el foro y algunas sillas. Complementos apropiados; teléfono, algún detalle floral, algún cuadro, etc.

Deberá quedar espacio libre en la estancia para que pueda moverse con relativa facilidad una silla de ruedas.

Hay una salida al foro derecha, con cortina recogida a ambos lados, que comunica con el resto de la vivienda.

En el primer término del lateral izquierda se verá la puerta de un armario trastero empotrado; frente a ella, junto al lateral derecha, una especie de buró o secreter con diversos cajones.

La acción transcurre en época actual cualquier día por la tarde.

Términos derecha e izquierda vistos desde el público.

Escena I

MARÍA, después JAVI.

Al levantarse el telón, MARÍA se encuentra repasando los muebles de la estancia, equipada con plumero y bayeta. De unos treinta años es atractiva sin excesos, educada y con un nivel sin duda más elevado que el imprescindible para el cargo de sirvienta que ocupa en este momento. Viste una bata de trabajo que no disimula su cuerpo bien formado.

Tras algunos segundos de tarea que realiza aplicadamente y en silencio, suena el teléfono de la estancia.

Sin precipitación se dirige a él y responde a su llamada.

MARÍA.- Casa de la Señora viuda de Cuevas. Dígame... ¡Ah, doña Minerva, buenas tardes!... Sí, la Señora está en casa. Tras el almuerzo me indicó que le dijera a usted si llamaba, que no pensaba salir de casa en toda la tarde y que podía venir cuando gustase. **(Pausa breve.)** ¡Oh, sí!, Javi está muy bien. Se repone con mucha rapidez... Descuide usted, enseguida se lo comunicaré a la Señora... Muy bien... Hasta luego. **(Cuelga el teléfono quedando pensativa y como un tanto abstraída durante unos segundos. Transcurridos éstos vuelve a su labor interrumpida.)**

(Al momento aparece en la entrada JAVI. Es un joven de veinte años, de buena presencia, aunque ahora se vea bastante maltrecho. Tiene ambas piernas vendadas, y ocupa una silla de ruedas con la que se traslada no sin evidente esfuerzo.)

MARÍA.- (Al verle aparecer.) ¡Hombre!, ¿al fin se ha atrevido nuestro paciente a pasear por su cuenta?...

JAVI.- Tanto como pasear... (Se introduce trabajosamente un par de metros, quedando situado en segundo término derecha de frente al público.)

MARÍA.- (Sonriente.) Pues lo haces muy bien.

JAVI.- No creas que no me cuesta trabajo, porque si no mido bien el movimiento de hombros cuando empujo los brazos hacia delante, me repercute en la pierna y veo las estrellas.

MARÍA.- No es necesario que te esfuerces todavía, ni conveniente que te extralimites en el ejercicio. Tan sólo hace cinco días que se te operó.

JAVI.- ¡Hija, pero es que me siento tan inútil!...

MARÍA.- Son aprensiones tuyas.

JAVI.- No querrás decir que mi estado actual es normal.

MARÍA.- Los he visto peores que tú.

JAVI.- ¿Mucho peores?

MARÍA.- Incluso con tetraplejía. Sin otra función propia que la del cuello y cabeza.

JAVI.- ¡Jo, tía! ¡Eso sí que ha de ser «demasiado»!

MARÍA.- Pues ya ves lo que son las cosas, cuanto mayor es el grado de inmovilidad de un paciente, menos suele quejarse o lamentarse.

JAVI.- (Riéndose.) Entonces yo no debo tener nada, porque no paro de quejarme...

MARÍA.- Como que lo tuyo no es nada. (Pausa breve.) Ha llamado tu madre por teléfono.

JAVI.- ¡Qué pesada! ¿no?

MARÍA.- Es normal que se preocupe por su hijo.

JAVI.- (Simpático.) ¿Y por ti quién se preocupa?

MARÍA.- ¿Cómo?...

JAVI- Antes no respondiste a mi pregunta de si tenías novio.

MARÍA.- Pues no; no tengo novio.

JAVI- Pero habrás tenido antes ¿no?

MARÍA.- ¿Antes de qué?

JAVI- Antes de ahora. Antes de no tener novio, quiero decir.
(Se ríe.) ¡Vaya trabalenguas que he hecho!

MARÍA.- Sí. Tuve uno.

JAVI- ¿Y lo dejaste?...

MARÍA.- Digamos que... lo dejamos ambos de común acuerdo.

JAVI- ¡Qué bien!

MARÍA.- ¿Cómo que qué bien?...

JAVI- Sí, porque es muy gratificante saber que las mujeres guapas que uno trata no están comprometidas con nadie.

MARÍA.- ¿Así que te parezco guapa?

JAVI- Jesús siempre presumía, diciéndome que tenía en casa la chica mejor hecha de toda la Urbanización.

MARÍA.- ¿Eso te decía Jesús?

JAVI- Como lo oyes. Y cuando salía el tema nunca lo dejábamos con menos de media hora de estudio pertinente.

MARÍA.- ¡Así lleváis vuestras asignaturas!

JAVI- Oye, oye. No vayas a creer que vamos tan mal. Que si hacemos horas extras en nuestros estudios es por asegurar mejor la nota a fin de curso.

MARÍA.- ¡Ya!...

JAVI- (Pausa breve.) Sí. Jesús contaba y no acababa de «su» María.

MARÍA.- Exageraciones tuyas, porque lo que sobra entre este vecindario son precisamente chicas monas.

JAVI- Es que Jesús no dice que eres «la chica más mona», sino «la chica mejor hecha» de por aquí.

MARÍA- (Con buen humor.) ¡Menudos pájaros estáis hechos Jesús y tú!

JAVI- Y de exagerado nada. Cuando te conocí al empezar a venir aquí a estudiar con él, me convencí de que decía la verdad. ¡Y sentía una envidia!...

MARÍA- ¿Envidia de quién?

JAVI- De Jesús.

MARÍA- ¿Por qué?

JAVI- Porque él estaba bajo tu cuidado y siempre disfrutando tu presencia, y mira por donde en estos cinco días, resulta que hasta me ayudas a vestirme, a peinarme, y a casi todo.

MARÍA- Es lo que se suele hacer con los pacientes ¿no?

JAVI- Sí... Pero a uno le gusta más recibir los cuidados de una guapa que de una fea. (Pausa breve.) Cuando esté completamente restablecido te voy a llevar a bailar.

(MARÍA le mira en silencio con aspecto serio.)

JAVI- ¿Qué pasa? ¿No te gustaría ir de «disco» por ahí conmigo?...

(MARÍA sigue mirándole en silencio.)

JAVI- Pues te advierto que soy un buen bailarín además de un tipo muy divertido...

(MARÍA sigue mirándole.)

JAVI.- ¡Y sé bailar hasta el tango!

MARÍA.- **(Mirando su reloj de pulsera.)** Es hora de que don Héctor baje a verte a la biblioteca. ¿Te llevo o te atreves a volver solo?

JAVI.- **(Maneja la silla marcando el mutis.)** No. Yo volveré solo. He de ir adquiriendo soltura, a ver si antes de una semana puedo batir los cien metros lisos en diez segundos. **(Con un gesto simpático.)** Luego nos veremos. ¡Cuerpo!

(Hace mutis.)

(MARÍA le ve salir sin cambiar de expresión. Una vez sola continúa su tarea de repaso.)

Escena II

MARÍA y TERESA, **después** HÉCTOR y JAVI.

Entra en escena TERESA. Viste de estar por casa pero con calidad y bastante elegancia. Representa tal vez algún año más de los cuarenta y cinco. Es firme de carácter, comedia en la expresión e inflexible en sus decisiones. Llegará sin prisa hasta uno de los sillones donde se sentará mientras interpreta.

TERESA.- **(Entrando.)** ¿Quién llamó por teléfono?

MARÍA.- La madre de Javi, Señora.

TERESA.- ¿Ha dicho si iba a venir?

MARÍA.- Preguntó si la Señora estaba en casa y yo le transmití lo que usted me había indicado.

TERESA.- Bien. **(Al tiempo que saca un paquete de tabaco de algún bolsillo y se coloca un cigarrillo entre los labios.)** ¿Quieres mirar si me he dejado el encendedor en el buró?

MARÍA.- Ahora mismo. (Va al buró, y no viéndolo sobre él, abrirá la tapa del mismo mirando en su interior. Ve el encendedor, y tomándolo lo lleva a TERESA.)

TERESA.- (Recibiéndolo.) Gracias. (Enciende el cigarrillo y se queda el encendedor.)

(MARÍA vuelve al buró y lo cierra.) (A continuación, dejando el plumero sobre la tapa, tomará un cenicero que hay allí y lo colocará con naturalidad próximo a TERESA.)

TERESA.- (Como no esperando respuesta.) Me carga esa mujer... Con su obsequiosidad, su pesadez, y su insistencia en decir que no quiere molestar más de lo necesario... La detesto. (A MARÍA.) ¿Ha dicho a qué hora llegará?

MARÍA.- No, Señora. Se limitó a decir que vendría después.

TERESA.- (Mirando su reloj de pulsera.) Pues no tardará, porque no se pierde una merienda ni por casualidad. (Pausa breve tras expeler el humo del cigarrillo.) Jesús no ha tomado toda la dosis de su medicina... No le he insistido porque sé el esfuerzo que le supone hacerlo, no obstante, ahora cuando termines lo que estás haciendo, será conveniente que subas a su habitación e intentes convencerlo para que la tome.

MARÍA.- Don Héctor no considera vital la medicación de media tarde... Es la de la noche la que cree imprescindible, y como Jesús lo sabe, se aprovecha ahora para no tomarla.

TERESA.- Es igual. Precisamente ahora, cuando puede precipitarse todo, no debemos bajar la guardia... Debemos ser estrictos en evitación de una recaída.

MARÍA.- Descuide. Ahora se la daré.

(Recoge el plumero que dejó sobre el buró y marca el mutis.)

TERESA.- Quítale también el cuaderno de apuntes. Ya ha estudiado suficiente por hoy.

MARÍA.- Como usted disponga.

(Hace mutis.)

(Una vez sola, TERESA se estira desperezándose sobre el sillón, al tiempo que fuma y expelle con fuerza el humo.)

(Al momento, y como oyendo algún movimiento en el interior recompone la figura.)

HÉCTOR.- (Desde dentro, «in crescendo».) ...son las molestias propias de cualquier fractura ósea; pero por fortuna todo eso desaparecerá muy pronto...

(Entra empujando la silla de ruedas en la que se sienta JAVI.)

(HÉCTOR, de unos cincuenta y pocos años, es médico, y se comportará siempre como tal en sus expresiones.)

(Entrando.)

¡Hola, Teresa! ¿Aquí está usted?...

TERESA.- ¡Hola, doctor! **(A JAVI, al tiempo que se levanta.)** ¿Cómo se encuentra esta tarde nuestro enfermo?

JAVI.- Según don Héctor parece que voy mejorando...

TERESA.- ¿Y no es así?...

HÉCTOR.- ¡Claro que lo es! Pero hay que comprender a Javi. Para un joven con su juventud y vitalidad, encontrarse de súbito condicionado a no poder moverse de una silla es algo que produce un inevitable desficio...

(Conduciendo la silla al segundo término del lateral izquierda donde permanecerá hasta nueva indicación.)

Pero un cuerpo sano como el tuyo pronto se verá restablecido.

JAVI- Lo peor es no poder caminar y necesitar ayuda para todo. Me siento un verdadero inútil.

HÉCTOR- Nada de eso, amigo mío. Debes confiar en tus propias fuerzas... y en nuestra ayuda, por supuesto.

TERESA- Ha llamado tu madre hará unos diez minutos.

JAVI- ¿Va a venir?...

TERESA- Sí, pero no ha dicho a qué hora.

JAVI- Estamos ocasionando a ustedes demasiadas molestias.

TERESA- ¡Calla, hombre! ¡Pero cómo dices eso!... Nada de cuanto ahora hagamos por ti me exime de la responsabilidad que contraí al atropellarte con el coche... **(Preocupada.)** Sólo de pensar que podía haberte matado...

HÉCTOR- Bueno, bueno. No hay que ponerse trágica, Teresa. Las cosas suceden y ya está. Ni vale lamentarse ni ayuda a nadie la mortificación. Todo fue un desgraciado accidente cuyas consecuencias poco a poco se van subsanando.

JAVI- **(A TERESA.)** ¿Quiere creerse que no me di cuenta de nada?

TERESA- ¿De verdad?... **(Mientras sigue el diálogo, llega hasta donde está el cenicero y sacudirá en él el cigarrillo, volviendo sin prisa al mismo lugar.)**

JAVI- Yo no vi aproximarse el coche. Sólo noté un fuerte empujón por detrás, mi caída sobre el césped y una oscuridad total que me envolvió... Cuando desperté ya estaba lleno de gasas y vendas... Y dolorido, por supuesto.

TERESA- Desde luego fue un incidente bastante estúpido. Si alguien me hubiera dicho que iba a atropellar en el jardín de mi casa a un amigo de mi hijo, le habría llamado iluso cuanto menos.

HÉCTOR- ¿Recuerda cómo ocurrió?

TERESA.- Yo salí con el coche del garaje mirando por el retrovisor, cómo se accionaba la puerta con el nuevo cierre automático que habían instalado el día anterior, y no vi a Javi cruzar ante mí... Sólo percibí el sonido de un golpe en el capó del coche. Frené instintivamente y al ver rodar a Javi sobre el césped intuí lo que había ocurrido.

HÉCTOR.- Fue una suerte para todos que yo me encontrara en la casa aquella tarde, porque eso nos evitó tener que trasladarle al hospital. Una fractura abierta puede ocasionar lesiones graves por mucho cuidado que se ponga en inmovilizar al accidentado. Por lo que atenderle aquí e intervenirle de inmediato, evitó casi seguro trastornos posteriores.

JAVI.- Lo que yo nunca hubiera pensado es que en esta casa tuvieran montado un quirófano.

HÉCTOR.- No es extraño que te asombre. Pocos podrían imaginarlo porque la verdad es que un quirófano no suele formar parte de una vivienda normal.

TERESA.- (Volviendo a sentarse en el sillón.) Todo tiene explicación. ¿Mi hijo no te contó que su padre fue médico?

JAVI.- Sí. Jesús me habló de ello, pero sin entrar nunca en detalles...

HÉCTOR.- Lo cual no es extraño en Jesús. A decir verdad, ese carácter poco comunicativo lo heredó de su padre. **(Se sentará en el otro sillón.)**

TERESA.- Pues sí... El caso es que mi marido tuvo aquí instalada su consulta particular a lo largo de varios años, y cuando murió no quisimos desprendernos de nada, pensando que algún día Jesús pudiera seguir sus pasos.

JAVI.- Sin embargo Jesús estudia Derecho...

TERESA.- En efecto. La Medicina no le ha atraído nunca. La cuestión es que don Héctor pensó, que la consulta como tal había quedado anticuada y no tenía utilidad alguna, y aconsejó su desmontaje salvo que pensáramos en mejorarla modernizándolo todo y poniéndola al día. Y así acordamos hacerlo.

JAVI.- Bueno, pero, ¿con qué finalidad?

HÉCTOR.- La de utilizarlo, naturalmente. Aunque de tarde en tarde, yo he realizado algunas intervenciones en él a varios pacientes míos, con lo que se han cubierto distintos objetivos. Primero, conservar lo que mi colega y amigo creó, auxiliar a algún que otro paciente, y mantener un servicio en la casa que, como preventivo, puede ser de utilidad a sus moradores. Una prueba de tal utilidad es que tu intervención fue posible tras el desafortunado accidente.

JAVI.- Pues sí... Tiene razón.

TERESA.- Y la verdad es, que su instalación en casa, y la presencia habitual de don Héctor ha beneficiado mucho a Jesús, que en los últimos meses ha visto su estado físico tan deteriorado.

JAVI.- Precisamente ahora, cuando más nos están apretando en la Facultad...

TERESA.- Por eso te agradezco de verdad que sacrificaras tu tiempo libre, viniendo cada tarde aquí a visitarlo, ayudándole a resolver sus ejercicios.

JAVI.- Eso no tiene importancia. Jesús y yo nos llevamos muy bien y estamos muy compenetrados... Además, se podría decir que es Jesús el que me resuelve a mí un buen número de dudas.

HÉCTOR.- El caso es que mantenéis un contacto beneficioso para ambos.

JAVI.- ¿Cuál es realmente el mal que padece?

(HÉCTOR y TERESA se miran directamente antes de responder.)

HÉCTOR.- Creo que deberíamos decírselo.

TERESA.- (A JAVI.) Con la promesa por tu parte de que no se lo vas a contar a Jesús.

JAVI.- Pierda cuidado. Yo aprecio mucho a su hijo y nada más lejos de mi deseo que ocasionarle cualquier perjuicio.

HÉCTOR.- (**Doctoral.**) Jesús padece una malformación congénita en una parte del corazón, que le produce determinadas

insuficiencias.

JAVI- ¿Y es grave?...

HÉCTOR- Desde muy pequeño ha seguido los tratamientos adecuados, que tanto su padre como yo fuimos indicando de acuerdo con su evolución. Ha tenido épocas en que su vida era relativamente normal... y otras en las que ha estado verdaderamente enfermo.

TERESA- Ahora precisamente está pasando por un mal momento.

JAVI- ¿Y cuál cree que puede ser la solución?...

HÉCTOR- (Tras una pausa breve.) La cirugía.

JAVI- Ya. ¿Cambiarle alguna válvula?

HÉCTOR- No. Un trasplante total.

JAVI- ¡Caramba! ¿Y Jesús lo sabe?

TERESA- No. Aunque tiene sus sospechas, a él siempre le ocultamos la gravedad de su estado.

JAVI- (Tras unos segundos de silencio.) Jamás hubiera imaginado la existencia de tal problema. Es cierto que nosotros nos conocimos en la Facultad hace sólo tres años al comenzar la carrera, lo que es distinto a haber sido compañeros desde niños, pero en este tiempo hemos llegado a ser buenos amigos.

TERESA- Él, desde luego, te aprecia mucho.

HÉCTOR- ¿Y te habló alguna vez de su dolencia? (Se levanta con naturalidad y marcará algunos pasos por la estancia yendo a situarse en el lugar que ocupara anteriormente.)

JAVI- En un par de ocasiones, y como a modo de disculpa por no participar en algunos juegos a los que fuimos invitados. Pero sin entrar en detalles.

TERESA- Es lógico que no lo hiciera, no sólo por no conocer con exactitud su estado, sino por el prurito de no reconocerse inferior ante los demás compañeros.

JAVI- Sí, es posible que fuera por eso.

HÉCTOR.- Bien. En su momento podremos solucionar el problema, para que pueda a partir de entonces llevar una vida normal.

TERESA.- Esa es toda mi esperanza. Y entre tanto a Jesús hay que seguir ocultándole su verdadero estado, porque conocerlo no le beneficiará en nada.

JAVI.- Por mi parte pueden ustedes estar tranquilos.

(Aparece MARÍA en la entrada, que habla desde allí sin llegar a entrar en la sala.)

MARÍA.- Desde la ventana he visto llegar a doña Minerva a la puerta del jardín. No tardará en llamar.

(Suena el timbre de la entrada.)

TERESA.- (A MARÍA.) Abre y acompaña la. La recibiremos aquí.

MARÍA.- (Al tiempo que hace mutis.) Muy bien, Señora.

JAVI.- (A TERESA.) ¿No les molesta que mi madre venga aquí con tanta frecuencia?

TERESA.- En absoluto. Me pongo en su caso, y estoy segura de que yo haría lo mismo.

HÉCTOR.- Otra cosa sería si sus visitas perjudicaran tu restablecimiento, pues ya se sabe que a los enfermos se les debe molestar mas bien poco. Pero en tu caso no hay problema.

JAVI.- Los dos primeros días me encontraba bastante mal y es cierto que cualquier visita me producía desficio.

HÉCTOR.- Así es, pero la gente, o no ha pasado nunca por un trance de crisis, o si lo ha padecido lo olvida pronto cuando de ocasionar molestias a otro se trata.

(Se oye algún comentario en el interior que precede a la aparición de MARÍA y MINERVA.)

Escena III

Los mismos, MARÍA y MINERVA.

MARÍA.- (Anuncia entrando y haciéndose a un lado.)
Señora; doña Minerva.

MINERVA.- (Entra quedando a dos pasos de la entrada.)
Buenas tardes...

(MINERVA es una mujer corriente sin llegar a la vulgaridad. Viste prendas normales sin ningún toque de elegancia, y en su expresión no se vislumbra haber recibido una educación esmerada. Es, llanamente, una mujer del pueblo que se sabe fuera de lugar en el ambiente de la casa que visita.) (A tener en cuenta: durante su actuación mantendrá como un sentimiento de desconfianza hacia cuanto la rodea.)

TERESA.- (Poniéndose en pie la recibirá en su lugar ofreciéndole la mano sin afectación.) Pase, Minerva. No se quede ahí...

HÉCTOR.- (Desde su sitio.) Buenas tardes.

JAVI.- ¡Hola, mamá!

MINERVA.- (Llega hasta TERESA y estrechará su mano mientras sigue el diálogo.) ¡Ay, qué largo se me ha hecho hoy el día! Hubiera querido venir antes pero no me ha sido posible por culpa de mi casero, que es un hombre la mar de pesado. **(A HÉCTOR.)** ¡Hola, doctor! ¿Cómo se encuentra mi chico?...

JAVI.- Estoy bien, mamá.

HÉCTOR.- Reponiéndose al ritmo previsto, y si no surge ninguna complicación, en un par de semanas podrá llevárselo a casa.

MINERVA.- ¿Dos semanas aún?...

HÉCTOR.- Tal vez menos... si todo sigue bien.

MINERVA.- **(Llega hasta JAVI al que dará dos sonoros besos en ambas mejillas.)** ¡Hijo, qué ganas tengo de que estés bien y conmigo en casa!...

TERESA.- Caramba, Minerva. Lo dice usted como si aquí lo tuviéramos descuidado...

MINERVA.- No, mujer, no quiero decir eso... **(Peyorativa.)** Pero como se está en la casa de uno...

JAVI.- Mamá, aquí estoy mucho mejor cuidado que podría estar en casa.

MINERVA.- **(Haciendo un gesto de disconformidad.)** Bueno, bueno, como tú digas...

TERESA.- **(A MINERVA.)** ¿No quiere sentarse?... **(Señalándole el otro sillón.)**

MINERVA.- ¡Ay sí, gracias!... Que me he puesto hoy los zapatos que me aprietan y tengo los pies hechos polvo. **(Se sienta en el sillón descuidadamente, al tiempo que deja el bolso que lleva, junto a sí en el suelo.)**

TERESA.- ¿Le apetecerá tomar café, verdad? **(A MARÍA, sin esperar respuesta, y al tiempo que vuelve a ocupar su sillón.)** María, puedes preparar café y algunas pastas.

MARÍA.- Ahora mismo, Señora.

HÉCTOR.- Perdona, Teresa. Si no les importa **(Consultando su reloj.)** pediría a María que trajese antes los utensilios para tomar la tensión a Javi. Es la hora.

TERESA.- Por supuesto.

MARÍA.- Lo traigo enseguida.

(Hace mutis.)

JAVI- Caramba, no se le pasa nunca ¿eh?

HÉCTOR- La medición regular de las constantes es el mejor seguimiento de un estado de salud. En tu caso actual; la tensión diaria, temperatura cada doce horas, y analítica cada cuarenta y ocho.

JAVI- (**Sonriendo**.) ¡Cualquiera diría que no tengo nada!

HÉCTOR- Mientras siga todo controlado, así es, no tienes nada, pero una posible infección se debe atajar antes que se manifieste. De ahí, la precisión en la norma.

MINERVA- ¿Pero corre algún peligro mi chico?

JAVI- ¡Qué va, mamá!

HÉCTOR- Para eso le tratamos; para que no peligre su salud.

JAVI- Lo que de verdad me fastidia son los pinchazos en la vena para los análisis. Me ponen el cuerpo pésimo.

HÉCTOR- Es una aprensión natural, pero no te puedes quejar por María que es magistral en las extracciones...

MINERVA- (**Que no se ha perdido palabra, a TERESA**.)
¿Y es la criada la que le pincha?

TERESA- María no es una criada.

MINERVA- ¡Ah!, ¿no?...

TERESA- María es enfermera titulada, y está en la casa desde antes de morir mi marido, al cual auxiliaba en la consulta. Cuando él falleció, yo le ofrecí quedarse con nosotros para que cuidara a mi hijo, y como eso le deja bastante tiempo libre, de común acuerdo lo dedica a la atención de la casa.

HÉCTOR- Y le puedo asegurar que es una auxiliar excelente y muy cualificada, a la que yo no dudaría en confiar a mis pacientes.

MINERVA- ¡Ya!... Como una no sabe...

(Vuelve MARÍA portando los útiles mencionados, que colocará directamente en el brazo izquierdo de JAVI, como es habitual en tal operación.)

JAVI.- (A MARÍA, con buen humor.) Estaba hablando mal de ti.

MARÍA.- No me extraña. Jamás he conocido a un enfermo que hablase bien de su cuidador.

JAVI.- ¿Jesús también te critica?...

MARÍA.- (Con gesto de complicidad.) ¡Echa pestes de mí! **(Termina de ajustar el brazalete y entrega el estetoscopio a HÉCTOR.)**

HÉCTOR.- (Colocándoselo en los oídos y apretando varias veces la perilla del aire.) Vamos a ver cómo va esa presión arterial... **(Unos segundos después devolviendo todo a MARÍA.)** Bien. Catorce, siete y medio. **(Toma nota en un bloc que sacará del bolsillo, volviéndolo a guardar a continuación.)**

MARÍA.- (Recogiéndolo todo, a JAVI.) Lo próximo dentro de dos horas, el termómetro, después los anti inflamatorios... ¡Y fin por hoy!

JAVI.- Gracias, guapa.

MARÍA.- (Sonriendo.) Buscaré también algo para tu vista... **(A TERESA, haciendo mutis.)** Preparo enseguida la merienda.

TERESA.- Muy bien, María.

MINERVA.- (Tras una pausa breve.) (A TERESA.) ¿Le he dicho antes que me había entretenido un rato charlando con mi casero?...

TERESA.- Sí. Eso creí haber entendido.

MINERVA.- Verá, es que mi casero es un hombre muy hablador y me ha estado contando que hace unos años tuvo un accidente, y por su culpa estuvo algo más de un mes sin poder salir de casa y casi sin moverse.

TERESA.- ¿Qué fue, un accidente laboral?

MINERVA.- No. Creo que le atropelló una moto que iba circulando por la acera, o que le cayó encima una moto que estaba mal aparcada en la acera o algo así. Pero el caso es que le fastidió bien fastidiado para una temporada.

HÉCTOR.- Eso son incidentes casi domésticos que ocurren todos los días, y de los que la prensa viene llena.

MINERVA.- Sí, pero la cosa estuvo en que como no podía seguir trabajando en lo suyo, porque además de administrar el alquiler de los pisos hace chapuzas de fontanería y cosas así, pues denunció al de la moto, y la compañía de seguros le pagó un buen pico por todos los perjuicios que le produjo el accidente.

JAVI.- ¿A dónde quieres ir a parar con todo eso, mamá?

MINERVA.- No, que digo yo que el coche de doña Teresa también tendrá un seguro de accidente. Supongo.

TERESA.- Supone usted bien. Mi coche está asegurado por daños a terceros con un capital bastante elevado, por lo que en caso de necesidad la compañía de seguros se haría cargo de compensar a Javi convenientemente.

MINERVA.- ¡Ah!, pues menos mal.

JAVI.- Claro, mamá. Las compañías de seguros están para eso.

MINERVA.- Pues me alegro de saberlo, mira.

TERESA.- No obstante, yo preferiría no tener que comunicar el accidente a la compañía.

MINERVA.- ¿Y eso?...

TERESA.- Porque no es agradable verse envuelta, en todos esos trámites jurídicos de papeleo cuando ha habido un herido por medio, aunque sea leve.

MINERVA.- Ya, pero por muy desagradable que sea el papeleo, peor es sufrir el accidente y encima no cobrar un duro...

TERESA.- Pero ese no sería nuestro caso.

MINERVA.- ¿No?

TERESA.- Yo ya he pensado en la posibilidad de indemnizar

a Javi por mi cuenta sin recurrir al seguro.

HÉCTOR.- Lo cual demuestra la buena voluntad de doña Teresa...

MINERVA.- Bueno, siendo así...

TERESA.- (Con cierta malicia.) ¿Y le ha insinuado tal vez su casero, cual sería la cantidad que debería pedirme?

MINERVA.- (Sin pensarlo.) No. Porque como él no conoce todos los detalles... **(Como quitándole importancia.)** La verdad es que para nosotros, cualquier cantidad razonable que nos dieran por esto, supondría «un capitalito»...

JAVI.- ¡Mamá, cómo eres! No parece sino que desconfiaras de que doña Teresa lo arregle convenientemente.

MINERVA.- No. Yo no desconfío de nadie, lo que pasa es que estas cosas se deben hablar y no dejarlas para luego.

TERESA.- Si usted se queda más tranquila, podemos tratar el tema cuando quiera. Ahora mismo si lo desea.

MINERVA.- (Haciendo marcha atrás.) Bueno... Tampoco es necesario que sea ahora mismo... Podemos dejarlo para mañana... o pasado.

TERESA.- Estoy a su disposición. Ya sabe.

MINERVA.- (Mirando a JAVI tras un momento de silencio.) ¡Hay que ver lo largo que se me hace ahora el tiempo no teniéndote en casa!

JAVI.- Total, sólo hace cinco días que estoy aquí...

MINERVA.- ¿Y te parecen pocos?

JAVI.- Me parecen muchos, pero no por el lugar, sino por el estado en que me encuentro.

HÉCTOR.- (Al tiempo que se dirige al mueble biblioteca y hace como que selecciona y hojea algunos libros.) Teniendo en cuenta que te he practicado dos intervenciones, tu estado es mucho mejor de lo que cualquiera pudiera pensar.

MINERVA.- (A HÉCTOR.) El otro día, al final no me dijo cual había sido la operación que le había hecho a Javi.

HÉCTOR.- (Como algo sorprendido.) ¿De verdad?...

MINERVA.- Sólo me dijo que le había operado en las piernas.

HÉCTOR.- Así es. Y sí se lo dije... Aunque tal vez lo hiciese empleando términos demasiado profesionales, lo cual he de reconocer que es una mala costumbre, cuando hablamos con los clientes que no tienen por qué conocer nuestra jerga.

MINERVA.- (Contemporizando.) A lo mejor fue por eso...

HÉCTOR.- Bueno, pues en lenguaje llano. (Pausa breve.) Javi tiene dos fracturas; una en el fémur, en la parte alta del muslo izquierdo y otra en la tibia derecha, en la parte más baja de la pierna. Esta última es la fractura abierta, y por lo tanto la peor de las dos.

MINERVA.- ¿Y lo de abierta qué quiere decir?...

JAVI.- Quiere decir que al astillarse el hueso, una punta rasgó la carne y por eso se produjo un corte que hubo que cerrar.

HÉCTOR.- (A JAVI.) ¡Exacto! No lo has podido explicar con mayor claridad.

MINERVA.- ¡Se me pone la piel de gallina sólo de pensarlo!

JAVI.- Tú siempre has sido muy aprensiva para esas cosas...

MINERVA.- ¿Y te dolería mucho, no?...

JAVI.- Pues no... Dolor no sentí, porque cuando desperté de la anestesia ya estaba operado y como me ves ahora. Así que no me enteré de nada.

TERESA.- Afortunadamente para Javi, don Héctor es uno de los mejores cirujanos que se pueden encontrar hoy en día.

MINERVA.- (Un tanto retraída.) Sí... Algo de eso me dijo don Ramón...

HÉCTOR.- ¿Quién es don Ramón?...

MINERVA.- Es... el médico al que siempre he llevado a Javi desde pequeño, cuando le operaron de las anginas. (A JAVI.) Es que esta mañana lo he visto y le he contado lo que te pasó.

TERESA.- (Con cierta reserva.) ¿También le ha dicho que fui yo quien le atropelló?

MINERVA.- No, no, eso no se lo he dicho. Sólo le he dicho que lo atropelló un coche, y que don Héctor le había operado de las piernas.

JAVI.- ¡Cómo eres, mamá! Doña Teresa te había pedido que no hablaras con nadie del accidente, por lo menos hasta que yo pudiera volver a casa.

MINERVA.- Y no lo he hablado con nadie, ¿qué te crees?... Pero, don Ramón es distinto. Él es el médico, y ¿no se dice que al médico hay que contárselo todo?

HÉCTOR.- (Con aire despreocupado.) En eso tiene usted razón. Un médico necesita conocer cuanto sucede a sus pacientes... ¿Y dice usted que ese don Ramón me conoce?...

MINERVA.- (Sin intención.) Sí. Me dijo que se conocían desde antes de que usted se saliera del Colegio de Médicos. **(Breve silencio embarazoso.)**

TERESA.- (Intentando desviar el tema.) No he oído hablar de ese don Ramón ¿vive por aquí cerca?...

MINERVA.- No. La consulta particular la pasa en un piso que tiene cerca de la plaza del mercado, aunque no vive allí. Él, donde trabaja por las mañanas es en el Clínico.

TERESA.- ¿Y cómo dice que se llama?

JAVI.- Don Ramón Esteban, y creo que su especialidad en el Clínico es la de aparato digestivo.

HÉCTOR.- (Con tono intrascendente.) Pues sí, sí que recuerdo a Esteban... es un buen médico, aunque un poco cotilla. **(Riéndose.)** Bueno, ahora no sé, porque hace mucho que no nos hemos visto, pero en la Facultad sí era un tanto metomentodo.

MINERVA.- Pues a mí me parece un hombre muy serio... y a Javi siempre le ha acertado a la primera todas las cosas que ha padecido.

JAVI.- Mamá, es que yo no he padecido nunca nada serio. Sólo tuve la tos ferina de pequeño y después los constipados normales algún invierno.

MINERVA.- ¡Ya! ¡Y aquella indigestión por comer manzanas verdes cuando tenías diez años, que no veas cómo te pusiste de malo! ¡Y mira si don Ramón te puso pronto bueno! (A TERESA.) Se nos puso el crío con un empacho que casi se nos muere.

JAVI.- ¡Qué exagerada eres!...

TERESA.- Eso son pequeñas cosas que la mayoría de los niños suelen padecer, porque es difícilísimo estar siempre pendientes de que no hagan lo que no deben... Pero afortunadamente, nada de ello es grave.

HÉCTOR.- Así es. Porque los niños suelen tener «vitalidad de mono», y superan por sí mismos cualquier dolencia que a nosotros, los adultos, nos dejarían hechos polvo.

MINERVA.- ¡Huy, si yo le contara las andanzas de este hijo mío!...

TERESA.- No creo que a fin de cuentas hayan sido muy distintas a las del resto de las criaturas...

MINERVA.- (A JAVI.) Don Ramón me ha dicho que le gustaría visitarte.

(HÉCTOR y TERESA **cruzarán una mirada en silencio.**)

JAVI.- ¿Visitarme dónde? ¿Le has dicho que estoy aquí?

MINERVA.- (Algo insegura.) No... Ahora que lo dices... La verdad es que no le he dicho dónde estás, ni él me lo ha preguntado... A lo mejor cree que estás en el hospital.

HÉCTOR.- Por supuesto que no hay ningún inconveniente en que su médico visite a Javi.

MINERVA.- Eso es lo que yo digo.

HÉCTOR.- Pero no hay necesidad de que sea precisamente ahora... Total, si espera unos días incluso podrá visitarlo ya en su casa, ¿no le parece?

MINERVA.- Bueno, a mí me da lo mismo... porque mientras aquí esté bien atendido...

JAVI- ¡Pues claro que estoy bien atendido, mamá! ¿No lo ves?... Y don Ramón no puede hacer por mí, nada que no haya hecho ya don Héctor.

TERESA.- En eso coincido plenamente con Javi.

(En la entrada aparece MARÍA empujando un carrito tipo camarera, en el que lleva un par de bandejas con el servicio de café y unas pastas dulces.)

MARÍA.- **(Entrando.)** El café, Señora.

TERESA.- Gracias, María. Puedes servirlo.

(MARÍA situará el carrito al alcance de MINERVA, y desde esa posición manejará los utensilios oportunos mientras sirve la merienda.)

MINERVA.- **(Percibiendo el aroma.)** ¡Qué bien huele el café que hacen en esta casa!

TERESA.- Celebro que le guste.

HÉCTOR.- Es otra de las habilidades de María, que siempre consigue darle el punto exacto.

MARÍA.- Son ustedes muy amables. **(Sirviendo a MINERVA.)** El suyo con leche ¿verdad?...

MINERVA.- Sí, gracias. Yo es que si lo tomo negro, luego por la noche me cuesta un trabajo dormirme... Y no vea lo desagradable que es empezar a dar vueltas en la cama sin poder pegar un ojo.

MARÍA.- **(Señalando la bandeja de las pastas.)** Las pastitas están recién hechas...

MINERVA.- Gracias. Tomaré sólo dos o tres porque sino luego no ceno.

(MARÍA sirve café solo, sin azúcar, en una taza y la llevará sobre un platito a HÉCTOR, que la recibe.)

HÉCTOR.- Gracias, María. A mí, al revés que le ocurre a doña Minerva me gusta solo y sin azúcar... Que es como verdaderamente sabe a café.

MINERVA.- **(Al tiempo que agrega azúcar al suyo.)** ¡Ay!, yo amargo no me lo podría tomar. ¡A mí lo dulce, como se dice, «me va por un tubo»!

JAVI.- **(Recriminándola.)** ¡Mamá, cómo eres!...

MINERVA.- ¡Javi, hijo! ¡Qué tecla te has vuelto desde que estás aquí!...

TERESA.- **(Recibiendo su taza de manos de MARÍA.)** **(A MINERVA.)** ¿Cree de verdad que el carácter de Javi ha cambiado en estos días?

MINERVA.- Bueno, un poco raro sí lo encuentro... y hasta un poco cursi.

JAVI.- ¡Caray, mamá!...

MINERVA.- **(A MARÍA.)** ¿Javi aún no puede tomar merienda?

MARÍA.- Don Héctor es muy estricto en todo lo relativo al tratamiento de sus pacientes.

HÉCTOR.- La cafeína, generalmente, está contraindicada cuando se toman otros medicamentos... **(Con buen humor.)** Pero no vaya a creer que le estamos matando de hambre ¿eh?

TERESA.- Esté usted segura, de que le tratamos lo mejor que sabemos.

(MINERVA y TERESA irán consumiendo el café sin prisas, y esta última tomará una pasta.)

(MINERVA lo hará también, pero sin tener en cuenta su propósito de tomar sólo dos o tres.)

HÉCTOR.- (Yendo a sentarse en alguna silla próxima a TERESA.) (A MARÍA.) ¿Jesús tomó su medicina?

MARÍA.- Sí, doctor. (Consultando su reloj.) Ahora subiré a verlo.

HÉCTOR.- Bien, gracias.

MARÍA.- (A TERESA.) Si no necesitan nada ahora...

TERESA.- Nada. Ya nos serviremos nosotras.

(MARÍA hace mutis.)

MINERVA.- ¿Y cómo sigue su chico?

TERESA.- Estos días no muy bien, pero afortunadamente está respondiendo al tratamiento.

MINERVA.- ¿Tiene algo de corazón, no?

TERESA.- (Mirándola directamente.) ¿Cómo lo sabe usted?

MINERVA.- No lo sabía, pero como don Héctor es especialista del corazón, por eso me he imaginado que sería de eso de lo que su chico padecería.

HÉCTOR.- Es curioso que conozca mi especialidad... porque no recuerdo que hayamos hablado de ello ¿no?

MINERVA.- Me lo dijo don Ramón.

HÉCTOR.- ¡Vaya, vaya con don Ramón! (Tras una pausa breve.) ¿Y qué más le ha contado de mí?

MINERVA.- No lo «pesqué» muy bien, pero fue algo de unas operaciones de trasplantes que usted iba a hacer y que no le dejaron... o que las hizo y otros médicos le denunciaron, o algo así.

JAVI.- Mamá, eso que dices puede resultar ofensivo para cualquier profesional de la Medicina... ¿Cómo se te ocurre contar una cosa semejante?

MINERVA.- ¡Oye, que yo no me he inventado nada!...

HÉCTOR.- No te preocupes, Javi. La culpa no es de tu madre. En todo caso ella no habría hecho sino relatar lo que otros le hayan contado...

MINERVA.- Claro.

HÉCTOR.- ... aunque, naturalmente, todo es una calumnia. Son envidias de algunos ex compañeros que nunca llegaron a entender la Medicina; que tan sólo vieron en su práctica un modo de vivir, y que desde luego no perdonan los triunfos ajenos... Gente a la que no hay que tener en cuenta.

TERESA.- Mi marido también tuvo que padecer en vida, las insidias de algún mal compañero de la profesión. Desgraciadamente en ésta, como en todas las profesiones, suele haber gente envidiosa totalmente impresentable.

MINERVA.- Eso debe ser... Además, según dice la tele eso de los trasplantes se ha puesto de moda y se hace a todas horas, ¿verdad?

JAVI.- No es que se haya puesto de moda, mamá. Es que las técnicas han adelantado tanto en unos pocos años, que ahora la gente confía mucho más en los trasplantes y en los médicos.

HÉCTOR.- Y si los gobiernos no hubieran sido tan estrictos en las normas, impidiendo las prácticas experimentales en su momento, estaríamos aún mucho más avanzados en ese tipo de cirugía que salva tantas vidas.

JAVI.- Parece ser que el problema está en los bancos de órganos, que no cuentan con demasiadas donaciones...

TERESA.- En efecto. Las listas de espera para los afectados son tremendas, pero la gente todavía no se ha hecho a la idea de convertirse en donante, con el bien que podrían causar a quienes no tienen otra esperanza de vida.

HÉCTOR.- Por fortuna, aunque muy poco a poco, se va creando conciencia de este problema y no hay que recurrir como única vía a recibir órganos de accidentados.

JAVI.- Pero ésa es una buena fuente ¿no?

HÉCTOR.- Desgraciadamente hay muchos factores que la hacen casi inutilizable.

JAVI.- ¿Sí?...

HÉCTOR.- Claro. **(Enumerando.)** La distancia del lugar del suceso hasta el quirófano, la analítica precipitada que no garantiza la ausencia de rechazo, la negativa de los familiares en el primer momento... y lo aún peor; el desconocimiento de características del donante, que puede hacer implantar un órgano en un cuerpo diametralmente opuesto del que fue su portador.

MINERVA.- Pues sí que es complicado todo eso ¿verdad?

TERESA.- Sí. Por todo ello se está trabajando tanto en concienciar a la ciudadanía para que se haga donante. Eso no les compromete a nada, salvo a hacerse un chequeo, que servirá para conocer los datos imprescindibles a la hora de una posible intervención. Así, con un historial bien hecho, gracias a la informática se puede tener localizado al receptor adecuado para un órgano disponible, en cuestión de minutos.

HÉCTOR.- Lo que es vital, porque en ninguna otra rama de la Medicina se juega tanto contra el reloj.

(En la entrada aparece MARÍA que hablará con resolución.)

MARÍA.- Doctor. Tiene una llamada urgente en el teléfono del despacho.

(TERESA y HÉCTOR cruzan una mirada.)

HÉCTOR.- **(A MARÍA mirándola directamente.)** ¿Del Hospital?

MARÍA.- **(Del mismo modo.)** Sí, doctor.

(Sin ningún otro comentario HÉCTOR se levanta con decisión y va a la salida haciendo mutis delante de MARÍA.)

(A partir de este momento, TERESA, cambiará su actitud de anfitriona por un estado de ánimo tenso y vigilante, y como decidida a resolver algo planificado con antelación.)

TERESA.- (Levantándose, se acerca al carrito y atiende a MINERVA.) ¿Un poco más de café?... **(Lo sirve sin esperar respuesta.)**

MINERVA.- No debería tomar más... pero está tan bueno...

TERESA.- Casi no ha tocado las pastas...

MINERVA.- ¡Qué va!, si no he parado de comer.

JAVI.- Pues no deberías tomar tantas, mamá, porque el dulce no te sienta nada bien.

MINERVA.- Lo dices como si estuviera comiendo dulces todo el día. **(A TERESA.)** En eso mi chico ha salido al padre... Mi marido, que en paz descansa, se pasaba la vida diciéndome lo que tenía o no tenía que hacer.

TERESA.- ¿Hace mucho que enviudó?

MINERVA.- Va para tres años.

JAVI.- Casi cuatro, mamá.

MINERVA.- ¿Sí?... Pues es verdad. Hay que ver cómo pasa el tiempo... ¿Y el suyo?...

TERESA.- Más o menos lo mismo.

MINERVA.- ¡Qué solas nos quedamos cuando ellos se van!, ¿verdad?

TERESA.- Sobre todo cuando te dejan responsabilidades, como un patrimonio que proteger y un hijo enfermo que cuidar. ¿Ustedes tienen algún pariente próximo?

MINERVA.- No. Porque una hermana que tengo se fue a vivir a Colombia con su marido que era de allá.

JAVI.- Está el tío José Manuel; un hermano de mi padre que viene a visitarnos de vez en cuando.

MINERVA.- (A JAVI.) Cada dos años lo más pronto. Tu tío «pasa» de nosotros.

JAVI.- No lo creo. Lo que pasa es que tiene su familia, su trabajo y sus obligaciones, pero el tío nos aprecia mucho.

MINERVA.- Si nos apreciara tanto como dices se habría hecho cargo de tus estudios en estos tres años. (A TERESA.) Las madres somos las únicas que sabemos lo que es querer a nuestros hijos ¿verdad que sí?...

TERESA.- Por supuesto. Sólo yo sé cuánto quiero al mío y cuánto estoy dispuesta a hacer por él.

JAVI.- (Tras una breve pausa.) ¿Jesús también está en lista de espera?

TERESA.- (Mirándole abiertamente.) No. Don Héctor y yo decidimos que no queríamos correr riesgos como los que antes él ha comentado.

JAVI.- ¿Los del rechazo?...

TERESA.- Entre otros. Cuando llegue el momento, si llega, buscaremos una solución bien estudiada con todo detalle por nosotros mismos. Queremos la garantía total de que Jesús recibirá lo mejor que se le pueda dar.

MINERVA.- ¿Su chico tiene la misma edad que Javi, verdad?

JAVI.- Sí, somos de la misma edad.

MINERVA.- Pues y a verá como todo les sale bien, porque hoy teniendo medios se consigue cualquier cosa.

JAVI.- Mamá, el dinero no lo es todo.

MINERVA.- Calla, infeliz. Qué sabrás tú de eso.

TERESA.- Es cierto que el dinero no lo es todo, pero debemos reconocer que teniéndolo, se puede optar a cosas que sin él serían inalcanzables.

MINERVA.- Es lo que digo yo.

JAVI.- Bueno, visto desde ese aspecto...

MINERVA.- ¡Hasta la salud! Porque sin salud y sin dinero te mueres sin remedio, pero si puedes pagar buenos médicos y medicinas caras, es fácil que te salves.

TERESA.- No va usted muy desencaminada...

MINERVA.- Por eso le he hablado antes del «capitalito» que me iría bien conseguir, para compensar los perjuicios de tener que cuidar a Javi todo el tiempo que tarde en reponerse. Y es que nosotros sólo contamos con una pensión de viuda que me quedó por mi marido, que es una miseria, y lo que yo gano con mis trabajos de asistencia por horas...

JAVI- (Interrumpiéndola.) No es necesario que insistas sobre eso... Doña Teresa ya te ha dicho lo que ha pensado hacer a ese respecto.

TERESA.- Así es. Usted no debe preocuparse por nada, porque yo ya lo he previsto todo... ¡Absolutamente todo!

Escena IV

Los mismos, HÉCTOR y MARÍA.

En la entrada aparece HÉCTOR con gesto serio y aspecto decidido. Sin prisa, mientras interpreta, se dirige hacia el lugar donde está JAVI situándose tras su silla.

TERESA.- (Viéndole entrar.) ¿Era una llamada importante?

HÉCTOR.- Sí. Era lo que estábamos esperando.

(Mientras sigue la acción, MARÍA entra colocándose junto a MINERVA.)

TERESA.- ¿Contamos con suficiente tiempo?

HÉCTOR.- Como para obrar sin precipitación, pero sin demora. Tal como se planificó ante una situación de nivel dos.

TERESA.- Entonces... **(Decidida.)** La iniciativa es suya, doctor.

JAVI.- **(A TERESA.)** ¿Le ocurre algo a Jesús?...

TERESA.- ¿Por qué dices eso?

JAVI.- No sé... He pensado de pronto que podría haber empeorado...

MARÍA.- **(A JAVI.)** No debes preocuparte. Su estado ahora es normal.

HÉCTOR.- Y dentro de seis horas será perfecto.

(Tras la indicación de iniciativa de TERESA, HÉCTOR saca del bolsillo una compresa de regular tamaño, que empapará vertiendo en ella el contenido de un frasco que tomó del mueble biblioteca, y al concluir su propia frase se la aplica sobre boca y nariz a JAVI, sujetándole la cabeza al mismo tiempo.)

(JAVI se debatirá con escasa fuerza durante un momento, cediendo pronto al efecto del cloroformo.)

MINERVA.- **(En el momento de ver aplicar la compresa.)**
¿Eh?... ¿Qué pasa?... ¿Qué le está haciendo a Javi?

TERESA.- **(Al tiempo que llega hasta ella y recoge la taza que tiene en la mano, que dejará sobre el carrito.)** No se alarme. Es sólo un anestésico.

MINERVA.- **(Confundida.)** ¿Y para qué lo anestesian ahora?

HÉCTOR.- Debemos intervenirle ahora mismo.

MINERVA.- **(Alarmada.)** ¿Por qué?... ¿De qué?...

TERESA.- **(Fríamente.)** «Su hijo tiene algo que necesitamos».

MINERVA.- ¡Oiga! ¡Me parece que están haciendo algo malo!...

(Inicia la acción de levantarse, pero MARÍA se lo impide sujetándola contra el sillón por los hombros con ambas manos.)

MARÍA.- (A TERESA.) (Señalando con la cabeza la compresa de JAVI.) Traiga la mascarilla.

HÉCTOR.- (Al tiempo que TERESA la recibe de su mano.) No será suficiente. Esto se evapora con gran rapidez.

TERESA.- Bueno, algo hará. (Le aplica la compresa a MINERVA sobre el rostro.)

MINERVA.- (Debatiéndose.) ¡No!... ¡Oh, no!...

(Evidentemente no queda suficiente anestesia, por lo que en MINERVA, sólo producirá una pérdida de facultades, contrarrestada por su gran voluntad en desasirse de MARÍA y TERESA.)

(Durante esta acción, HÉCTOR ha tomado el pulso a JAVI y le ha abierto los ojos estudiando sus pupilas.)

HÉCTOR.- (A TERESA.) Es el momento de empezar. (Tomando la silla la empujará hasta la salida permaneciendo allí mientras observa la acción de las otras, y repite el examen a JAVI.)

TERESA.- (A HÉCTOR.) Terminamos enseguida. (A MARÍA.) Déjamela a mí y trae el cordón de esa cortina.

(MARÍA suelta los hombros de MINERVA y arranca el cordón solicitado.)

MINERVA.- (Debatiéndose mareada, se levanta.) ¡Malditas!... ¡Qué asco!... ¡Las denunciaré!... ¡Las voy a...!

(Ya de pie, TERESA la abraza por delante llevándole las manos a la espalda.)

TERESA.- (A MARÍA.) ¡Átale las manos!

MARÍA.- Ahora mismo. **(Lo hace con destreza.)** Ya está.

TERESA.- (Con tono triunfal.) Bueno, amiga Minerva. De momento vamos a dejarla en el armario mientras nosotros trabajamos... Y después ya veremos qué podemos hacer con usted.

(Entre MARÍA y TERESA conducen e introducen a MINERVA en el armario empotrado de la izquierda. Todo esto mientras ella se debate con escasa fuerza y emite voces y algunas palabras inconexas.)

MARÍA.- (Una vez MINERVA encerrada.) (A HÉCTOR.) Listo. Cuando usted quiera, doctor.

HÉCTOR.- Usted esterilícese y vaya preparando a Jesús. Entre tanto Teresa y yo intervendremos al donante.

MARÍA.- Como usted disponga.

(Hace mutis decidida.)

HÉCTOR.- (A TERESA.) ¿Vamos, Teresa?...

TERESA.- Sí, doctor. Vaya usted delante que en cinco minutos estaré en el quirófano.

HÉCTOR.- No se demore.

(Hace mutis transportando la silla con JAVI.)

(TERESA, desde el centro de escena, mira hacia el armario en donde no han cesado los sonidos de quejas y algún golpe más o menos fuerte sobre la puerta.)

TERESA.- (Hablando consigo misma.) No voy a demorarme, pero tendré que solucionar antes este incidente... **(Dirigiéndose al buró del que abrirá un cajón.)** Serán sólo dos minutos... **(Extrae un cuchillo de monte de regular tamaño, y empuñándolo gira sobre sí misma yendo decidida hacia el armario.)** Serán sólo dos minutos.

(Un paso antes de llegar a la puerta se hace el oscuro total, suenan unos acordes estridentes, y cae rápido el telón.)

FIN DE LA INTRIGA